

La Solucion De Argensola

Por el P. Miguel Selga S.J.

Estaba en la plenitud de la vida. Su profesión y posición le proporcionaban ocasiones frecuentes de auscultar las palpitaciones de todos los estratos sociales. Tenía fácil acceso a los palacios de los poderosos, pero se complacía en convivir con los menesterosos en los tugurios del campo.

Cabizbajo y reflexivo se decía un día a sí mismo—Este mundo desde el principio se ha ido fraccionando en dos grupos: el de los hombres honrados y el de los criminales. El primer grupo está integrado por la flor y nata de la humanidad, desde el inocente Abel y venerables Patriarcas hasta el Divino Redentor del mundo y su Madre Inmaculada: a este grupo pertenecen aquellos excelso varones que consagraron sus almas a la implantación del evangelio y realizaron en el mundo la más grande metamorfosis de la historia, los millones de mártires que derramaron por Dios su sangre, y los millares de anacoretas y penitentes que santificaron los yernos de la Tebaida y de la Nitria, con nunca vistos rigores. De este grupo son los padres abnegados de familia, las madres heroicas, los ricos compasivos y clementes, los pobres justos y resignados, los centenares de miles de sagradas vírgenes y religiosos que, dando el último adiós al mundo, sojuzgando en aras de la fe las ambiciones terrenas, se consagran al servicio de las almas, a la enseñanza, al ejercicio de la caridad, a la predicación y a las misiones.

El segundo grupo viene encabezado por el primer fratricida Caín, llevando sus manos manchadas aún con la sangre de su hermano; en pos de él siguen los corruptores y corrompidos del diluvio y Pentápolis; los lujuriosos,

como Herodes, que para complacer a la bailarina Salome, manda cortar la cabeza del Precursor Bautista; los tiranos y verdugos sin entrañas, las testas coronadas y viles de Calígula y Nerón, los ricos Epulones sin clemencia, los esposos infieles, las esposas envilecidas, los egoístas, los orgullosos, los criminales.

Profundizando más en su relexión, Bartolomé se preguntaba: ¿Es posible que los individuos de grupos tan desiguales tengan la misma recompensa? Mi mente se resiste a admitir que ante la divina justicia tengan el mismo valor Pablo decapitado por predicar el evangelio, Pedro crucificado por Cristo, y Nerón que sacrificó toda una ciudad a su insoportable orgullo y condenó a muerte a millares de inocentes. Es imposible que sean tratados de idéntica manera los millones de libertinos que pululan por el mundo, llevando a todas partes el estigma de sus vicios, que los grandes héroes de la humanidad—Atanasio, Agustín, Benito, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Javier, Luis Gonzaga, Estanislao de Kostka, Inés, Eulalia, Teresa de Jesús. Si el paradero final de grupos tan designales ha de ser igual, los justos del primer grupo podrían echar en cara

a Dios que no aprecia la virtud, ni mira por los que le honran ya que, dejando de recompensar a los buenos da a entender que no le importa la moral, el cumplimiento del deber y el heroísmo. Viendo la injusticia y el fraude triunfar en la vida, al paso que la virtud y santidad andan cargadas de cadenas, los criminales del segundo grupo con orgullo se jactarían de haber entretenido la vida comiendo, bebiendo, coronándose de rosas y libando sin límite el néctar voluptuoso de

los placeres del mundo.

No puede ser así: Dios es la justicia misma y ha de dar a cada uno lo suyo: al bueno su premio, y su castigo al malo. La voz de la razón y el grito de la justicia dicen que, si en el mundo Dios no galardona la virtud, ni castiga suficientemente el vicio, ha de haber otra vida, en donde se restablezca el orden. Ante la perspectiva de un Dios justo y de un mundo atormentado por injusticias Bartolomé cae de rodillas, deja caer su cabeza sobre sus manos entrecruzadas y exclama:

Dime, Padre común, pues eres justo:

¿Porqué ha de permitir Tu providencia que arrastrando cadenas la inocencia suba la fraude al tribunal augusto? ¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto, hace a Tus leyes firme resistencia, y que el celo que más le reverencia gima a los pies del vencedor injusto? vemos que vibran victoriosas palmas manos inicuas, la juventud gimiendo del triunfo en el injusto regocijo. Esto decía yo, cuando riendo celestial ninfa apareció me dijo:

¿Cógelo! ¿es la tierra el centro de las almas? La solución de Bartolomé de Argensola es la verdadera, es la única solución posible del problema ante las injusticias y desigualdades de la vida. La tierra no es el centro de las almas. Después y detrás de esta vida terrenal, se oculta otra que no ha de terminar nunca. Allí se restablecerá el equilibrio. Dios es paciente, porque es eterno. Ahora parece que se despreocupa de los merecimientos de los buenos y de los desafueros de los malos: pero nada se le pasa por alto; es paciente, porque dispone de siglos infinitos para premiar y castigar. Irremediamente vendrá un día y nadie podrá evitarlo, que, como dijo muy bien el poeta.

Para verdades, el tiempo
Para justicia, Dios.